

EL DEFENSOR DEL OBRERO

¡GUARDA!

Los tiempos son duros.

El vicio contenido y molestado por la moral, contra ésta se desenfrena y echa a rondar en torno del alma para devorarla.

Como en el tiempo de Juliano el Apóstata, la lucha se circunscribe contra la verdad y se apunta contra ella el arma de las chanzas, arma de insensatos. El impío empieza riéndose, después se pone a blasfemar y por último mata.

¡Los matadores de almas están en acecho!

Preciso es ahora saber si queremos morir y sepultarnos bajo los escombros de la fortaleza cristiana.

A mi entender, las agitaciones modernas contra el Deber, el Derecho, la Justicia y la Caridad, romperánse ante el sólido y buen sentido del pueblo.

España no está todavía pervertida por el espíritu de las tinieblas, se recobrará. Resistirá con valentía a la corriente fangosa que amenaza con llevársela al abismo, y se encabritará contra el monstruo de la Mala Prensa.

Pese a los sacudimientos de las olas embravecidas, pero también a los impulsos malignos y alevos de la hipocresía liberal. España será siempre lo que antes fué en la época de su grandeza: *España Cristiana*.

No vacilemos en creerlo. *Esforcémosnos en realizarlo.*

A este fin necesitaremos hacer uso de mucha energía. Pero tenemos sangre generosa en las venas y delante de esa perspectiva o cejaremos.

No pudiendo nadie de nosotros recuperar en un día el terreno perdido ni conquistar con un solo acto la preponderancia a que tenemos derecho, *principiemos por contraponernos con fuerza a los asaltos furiosos de los pillastres de la Mala Prensa.*

Esos impitros, esos malhechores no se encuentran sino en el bando de lo absurdo y de lo infame.

Enterados de su designio criminales, evitemos su contaminación.

El éxito anhelado, los periódicos cristianos nunca lo buscan por medio de escándalos, porque su fin es el progreso moral y material de todas las clases, y su programa la protección del orden y de la libertad contra la anarquía, la impudicia y el asesinato.

A diferencia de lo que intentamos nosotros con nuestras publicaciones modestas pero concienzudamente redactadas, los mercenarios de la Mala Prensa haciendo las veces de siniestros bergantes, detienen el desarrollo de la civilización; comprometen con sus exageraciones, sus ironías cruesas y sus engaños pífidos, la libertad y la tranquilidad del pueblo; se dedican bajo la especie y al amparo de la legalidad a los actos más reprobables y más aten-

tatorios de la barbarie; entorpecen las iniciativas lógicas; agotan los venenos de la riqueza nacional, procuran hacer de nuestros hijos un conjunto formado de animales lúbricos excitados en fin las pasiones y provocan sin cesar desórdenes vergonzosos que perturbaban la ciudad e irritan al Cielo.

Todos os lo pinto tales son esos periodistas del infierno.

Merced a sus astucias que no tienen iguales y a su descomunal descaro, lograr colarse en los pueblos menores pensados y en las familias más sentadas realizando sin mucho tardar el imposible de penetrarlos con su mala inspiración y de domeñarlos.

¡Vedlos ahí! Ahí están esos envenenadores, esos asesinos de almas.

Aún cuando no sean sino una minoría insolente, marchita, malsana, faciosa, presumida y depravada, pretenden dictarnos leyes empujando al país hacia el abismo y la disolución.

Aún cuando nada sepan, de todo se ponen a disertar y acerca de todo se atreven a dictaminar, echando a puñados estupideces siempre peligrosas y frecuentemente malélicas.

Aún cuando no formen más que una cuadrilla de aventureros faltos de pudor y de conciencia a todos se dirigen con objeto de adoctrinarlos e inyectándoles diariamente una dosis graduada de error, de odio y de vicio consiguen al poco tiempo y su dolor de democratismo, de independencia y de progreso universal, suggestionar las almas más firmes arrastrarlas, extravíarlas y de todos los desbarajustes detener inarlas.

Extraña que tantos españoles precitados de listos y de sanos déjense ilusionar por las corrientes sospechosas hasta conformar sus opiniones y sus actitudes a las de esos doctores de perdición.

Desconsuela que de tales embusteros esperen la verdad y de tales payanos inmorales sufran la dirección todos aquellos que se las dan de independientes y de intachables. A fe mía parece mentira.

Lo peor es que sin excepción alguna, los desórdenes morales y sociales que los periodistas de mala estofa han provocado en el país así como el modo de pensar que han contribuido a formar en la mente de sus víctimas redunden siempre en perjuicio de éstas y de la sociedad; de manera que lo que presentaban como una panacea resulta ser un aponzoña, lo que pregonaban como un medio de felicidad universal se cambia en desengaños terribles y en desesperanza: de traer la Mala Prensa, consigo y con sus efectos, su refutación dolorosa y sus merecido castigo.

Leer las encubricaciones de dichos escritores y a acatar sus patochadas que van falseando la razón de los simples, es cohibir el progreso de la moralización, del bienestar, de la prosperidad

nacional y de la perfección individual; es fomentar el retroceso y paganismo brutal; es comprometer el porvenir del país.

No olvidéis, lector, que los escritos perversos conducen directamente al presidio o al hospital, y antes de abrir tal libro o tal periódico, reflexiona, piensa en tu familia, piensa en tu patria, piensa en el juez de tu alma.

L. D.

EL DEMONIO INAPETENTE

Bien se lo tenía dicho su previsora suegra: que no anduviera tanto por las orillas de la Laguna Estigia, si no quería pescar un paludismo que diera al traste con su reinado en la *Cittadolente*, que diría el Dante, o en los profunlismos infernos, como se dice en cristiano.

Pero él, erre que erre con su matraca; paseo va y paseo viene por los alrededores de la negra Laguna, en espera de la barca de Carón, a ver si le traha muchas almas que atormentar, sucediendo lo que su Augusta madre política le tenía pronosticado: que pescó un paludismo con la forma de tercianas: que éstas hubieron de durarle tres meses muy corridos, y que le quedó a los postres un señor don desgano que no le permitía pasar ni lo que da el almuerzo; quiero decir: agua y viento.

La suegra no quería pensar que cerrara el pico definitivamente y diera en la flor de no comer, no se sabe si por acendrado amor al paciente (malas lenguas dicen que no), o si por no perder ella misma el mangoneo que tenía en el infierno como reina suegra, pues hasta en aquel mismo conjunto de todos los males diz que es mejor tener la sarten por el mango y sentarse en las alturas del poder que estar en los plebeyos llanos del montón, de la muchedumbre anónima, de la patulea.

Y como viese la buena señora que su yerno, el desganoado Lucifer, le dejaba plantadas las chilitas de lomo de escribano que, asadas en papel sellado y diciéndole ¡comedme, comedme!, ella misma le había servido sobre la mesa, dijole apenadísima y casi con lágrimas en los ojos:

—Pero Luciferito, hijo mío; ¿le cuándo adónde has hecho asco tú a la carne de escribano? Mira que está muy rica, pues para enternecerla la he estado machacando lo que no es decible, hasta con la maja del almirez; ya ves, su poquito de ajo, su hojita de perejil, su polvito de pimienta, su zumito de limón...

—Déjeme usted a mí de carne de escribano, que estoy de ella hasta aquí (y se tocaba en la punta de los cuernos), he abusado mucho de ella, y *omnis saturatio, mala*.

—Bueno, hijo mío, no te violentes si ves que no te la lleva el estómago; pe-

ro lo que es sin comer no se puede vivir, y es preciso pensar en otro plato: ¿quieres que te aderece unas manitas de secretario de Ayuntamiento, que tantísimo te han gustado siempre?

—¡No en mis días, a lo menos por ahora! ¡Llegan aquí tan sucias...

—Se chamuscan un poco a la lumbre y se raspan, y...

—No, no; no hay suficiente fuego para ello en la cocina, a no ser que las tengamos a la lumbre toda la eternidad. Cuando yo esté mejor.

—Entonces, ¿y unas rodajitas de moreilla de entrañas... de contratista de consumos?

—Son muy negras, mamá, y más que negras, duras, y hay que masticarlas mucho. A mí lo que me conviene con este desgano tan atroz son cosillas ligeras, que se degluten pronto.

—Pues mira: te freiré unos poquitos de sesos de librepensadores.

—¿Tantos se han condenado de anoche acá?

—Pues... unos veinticinco.

—Total, que habrá escasamente para hacer una croqueta.

—Por ahí, por ahí.

—Pues mire usted, para poca salud más vale ninguna. Déjelos usted en la despena hasta que se reúna como para hacer una tortilla para uno, y...

—Pues va para largo.

—¿Qué? ¿Tan santamente viven ahora que no se condenan?

—¡No! ¡tan poquísimo seso tiengo!

—¡Ah, ya!, creí que se habían convertido.

—¡A Dios gracias, no!... Oye, una cosa que te ha gustado siempre hasta chuparte los codos, cuanto y más los dolos: ¿te preparo una oscarlatina de lenguas de maldicientes, que hay ahí una sangradora que no la salta un galgo?

—¡Quite usted allá, señora! *consuetu vilescunt*; estoy más harto de lenguas de maldicientes que de carne de escribano. Además que son muy dafinas, y para un convaleciente como yo, figúrese usted. Únicamente picándolas; así, picándolas mucho, para albóndigas, ¡vamos!, y, después de muy picadas, tirándolas al estercolero, es como puede uno conjurar el peligro de que hagan daño, y aún así lo harán; mándelas usted al guano antes que se pudran, y den mal olor, porque parar de hablar esas lenguas y repudirse, todo ello es uno; y lávese usted las manos, pues como lleguen a tocar, envenenan. Y pensemos a ver qué hay por la despena; pues, como dice usted muy bien, sin comer no se puede vivir.

—Ahí tengo unas asaduras de presamistista al veinticinco por ciento mensual...

—No, que tendrá muchos cálculos. —Pero, oye tú, ¿los cálculos no se hacen con la cabeza?

—Éstos son los cálculos matemáti-